El meteorólogo

A*

Olivier Rolin

El meteorólogo

Traducción de Miguel Aguayo

Libros del Asteroide

Primera edición, 2017
Título original: *Le météorologue*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Editions du Seuil, Editions du Seuil/Editions Paulsen, 2014
© Mémorial/Editions Paulsen, 2014, por la iconografía del cuaderno
anexo al texto.

© de la traducción, Miguel Aguayo, 2017
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-03-4
Depósito legal: B.7.916-2017
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado,
neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques
correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro,
y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de ayuda
a la publicación del Institut Français.*

Para Masha

Yo pensaba, leía,
En la Biblia de los vientos.

Serguéi Yesenin,
El hombre negro

I

1

Su especialidad eran las nubes: las largas plumas de hielo de los cirros, las torres granulentas de los cumulonimbos, los jirones recortados de los estratos, los estratocúmulos que arrugan el cielo, como hacen las olitas de la marea con la arena de las playas, los altoestratos que forman velos en el sol, todas las grandes formas a la deriva bordeadas de luz, los gigantes algodonosos de los que caen la lluvia, la nieve y los rayos. Sin embargo, no era una persona que estuviese en las nubes... al menos, yo no lo creo. Nada de lo que sé de él hace pensar que fuera un fantasioso. Representaba a la URSS en la Comisión Internacional para el Estudio de las Nubes, participaba en congresos pansoviéticos sobre la formación de las nieblas y en 1930 había creado la Oficina del Tiempo, pero esas denominaciones poéticas no lo hacían soñar, se tomaba todo eso en serio, como un científico que desempeña su profesión al servicio, naturalmente, de la construcción del socialismo; no era un profesor Nimbus. Las nubes no eran un pretexto para soñar, nada vaporoso había en él, hasta lo imagino algo rígido. Al pasar a ser en 1929 el primer director del

Servicio Hidrometeorológico de la URSS, se había propuesto hacer un catastro de las aguas, otro de los vientos y otro del sol. Seguramente no veía nada pintoresco al respecto; en estos proyectos de cartografiar lo inaprensible no había solicitud alguna a la imaginación, lo que le interesaba era lo concreto, realidades mensurables, los encuentros de las grandes masas de aire, el estiaje de los ríos, la formación del hielo y el deshielo, la evolución de las lluvias, la influencia de esos fenómenos en la agricultura y la vida de los ciudadanos soviéticos. También en el cielo se edificaba el socialismo.

Había nacido en 1881 en Krapivno, un pueblo de Ucrania.

2

Pero antes de comenzar a relatar la vida y la muerte de este hombre destinado a la observación apacible de la Naturaleza y al que la furia de la Historia destrozará, diré unas palabras sobre las circunstancias en las que me crucé en su camino, mucho después de su desaparición (como se verá, en su caso, esta palabra cobra todo su sentido). Las historias no caen del cielo ni de las nubes, no está mal —me parece a mí— que presenten sus credenciales. En 2010, me habían invitado a la Universidad de Arjánguelsk. Me habían acogido con la calidez que caracteriza —junto con mucha indiferencia e incluso brutalidad— la vida rusa. Habían desplegado una banderola de bienvenida y habían sacado fotos de un viaje anterior (no era la primera vez que yo visitaba la ciudad), cuyo único inconveniente era el de volver visible el tiempo transcurrido, pero no por ello dejaba de ser una muestra de amabilidad. Me habían acogido, tal vez no como a un presidente, sino como a un subprefecto, podríamos decir. Me gusta Arjánguelsk por su nombre de ciudad del Arcángel, por el gran estuario que la bordea y que en invierno se cruza por un camino de

tablas colocado sobre el hielo y festoneado de noche por luces pálidas, por las casas de madera que aún abundaban en mis primeras visitas (en adelante han resistido poco a los especuladores inmobiliarios) y porque me parece que en ella las muchachas son particularmente hermosas (tengo el recuerdo de patinadoras con las piernas desnudas y bronceadas, deslizándose —con el pelo al viento y escoltadas por libélulas— por el dique a lo largo del Dviná, en un mes de mayo: son mis proustianas muchachas en bicicleta...). Me parece que Cendrars habla en alguna parte de las campanas (¿o los campanarios?) de oro de Arjánguelsk, pero no he encontrado esa cita en parte alguna. Poco importa, los escritores no son solo lo que han escrito, sino también lo que creemos que han escrito.

Después había tomado yo el avioncito (un Antónov-24, para ser precisos) que enlaza dos veces a la semana Arjánguelsk con las islas Solovkí, archipiélago situado en medio del mar Blanco. Cuando el mar está helado —y así es seis meses al año—, no hay otro medio para llegar a ellas. Mi vecino en el avión era un joven pope que se parecía a Georges Perec (no estoy seguro de que esta comparación hubiese gustado a Perec ni al pope, si este último hubiese sabido quién era Perec, pero el caso es que se le parecía). El hombre santo iba provisto de un *e-book,* que entonces me parecía el *summum* de una modernidad que yo no había alcanzado aún y algo incongruente en un religioso, ruso por añadidura. El objeto *high-tech* estaba cubierto con una funda de cuero adornada con un icono de la Virgen, a la que prodigaba multitudes de besos. Yo miraba de reojo y a hurtadillas lo que él leía en su pantalla, con la esperanza

de que fuese una novela erótica, pero debo reconocer que no lo era.

La belleza del lugar, tal como lo había descubierto en fotografías, era la que me había incitado a emprender ese viaje y, en efecto, nada más salir del pequeño hangar de tablas pintadas de azul, a la vista de las murallas, de las torres rechonchas y los campanarios (de oro...) del monasterio-fortaleza que se extendía por su istmo entre una bahía y un lago envueltos en nieve, comprendí que no me había equivocado al acudir allí. La misma belleza que el monte Saint-Michel, salvo que era todo lo contrario: un monumento monástico, militar y carcelario en medio del mar... pero desplegándose horizontalmente, mientras que el monte se eleva en vertical y, además, allí no hay ni multitudes ni pacotilla turística. Había pasado algunos días recorriendo los caminos de la isla, en medio de un paisaje blanco y negro de lagos helados y bosques de coníferas que el ocaso ensangrentaba por extenso. Había encontrado asilo en un hotel minúsculo llamado *Priut* («El refugio»). Katia, la dueña, era una persona encantadora, extraordinariamente risueña (cosa que —debo reconocerlo, pese a una rusofilia que algunos amigos fingen reprocharme— no es demasiado frecuente allí), muy mona (creo que en su caso sería apropiado el epíteto de «hermosa») y que llevaba la amabilidad hasta el extremo de afirmar que yo me expresaba muy bien en su lengua. Desde mi habitación, veía al atardecer las murallas y los bulbos escamosos arder sobre el hielo. No sospechaba que estaban germinando en mí los primeros embriones de un libro... pero siempre es así, se produce a la chita callando.

El monasterio, fundado en el siglo XV por santos eremitas, era uno de los más antiguos de Rusia. Cada época tiene su genio y a partir de 1923 había albergado (si esta palabra no resulta inconveniente...) el primer campo de concentración de lo que iba a llegar a ser la Dirección Central de los Campos de Concentración, *Glávnoye Upravlenie Lagueréi*, tristemente célebre por su acrónimo: GULAG. A mi regreso, me puse a leer todos los libros que encontraba sobre esta historia. Así me enteré de que en el campo había existido una biblioteca de treinta mil volúmenes, formada directa o indirectamente por los libros de los deportados, la mayoría de los cuales eran nobles o intelectuales... aristócratas o *bichs*, es decir, *bivshi intelliguentni chelovek*, exintelectuales, en la lengua de la policía política. Paso a paso, nació la idea de hacer una película y para las localizaciones fue para lo que volví a las Solovkí en abril de 2012.

Me recibió Antonina Sóchina, una de las memorias vivas de la isla. Era una anciana encantadora, de pelo rubio rojizo y ojos azules, muy viva y vestida con vaqueros y un jersey de cuello de cisne. Su casa estaba llena de libros y plantas, hacía mermeladas magníficas con esas bayas que chiflan a toda Rusia: mirtillos, arándanos azules y rojos y otra, llamada *maroshka,* cuya traducción no conozco, si es que existe en otras lenguas, algo así como una frambuesa anaranjada, que crece en las zonas pantanosas y tan buena, que Pushkin expresó, al parecer, su deseo de comerlas antes de morir (las bayas y las setas son una de las bases de la alimentación e incluso la imaginación rusas; el nombre genérico para designar las bayas, *yágoda*, es también, curiosamente, el

apellido del jefe de la policía política, GPU y después, de 1934 a 1936, NKVD: Guenri Yágoda, quien desempeñará cierto papel en la continuación de esta historia). Entre los libros que me mostraba Antonina, había —bajo una cubierta que representaba nubes— un álbum no venal y editado por la hija de un deportado en memoria de su padre. Alekséi Feodósievich Vangengheim, el meteorólogo, había sido deportado a las Solovkí en 1934. La mitad del álbum se componía de reproducciones de las cartas que desde el campo enviaba a su hija, Eleonora, quien aún no había cumplido cuatro años en el momento de su detención. Había herbarios, dibujos con trazo firme, ingenuo y nítido y coloreados con lápiz o acuarela. En ellos se veía una aurora boreal, hielos marinos, un zorro negro, una gallina, una sandía, un samovar, un avión, barcos, un gato, una mosca, una vela, aves... Los herbarios y los dibujos eran hermosos, pero no se habían compuesto solo para agradar a los ojos, sino que tenían un fin educativo. Con ayuda de las plantas, el padre enseñaba a su hija los rudimentos de la Aritmética y la Geometría. Los lóbulos de una hoja representaban los números elementales; su forma, la simetría y la asimetría; una piña de pino ilustraba la espiral. Los dibujos eran respuestas a adivinanzas.

Esa conversación a distancia entre un padre y su hijita, a la que nunca más volvería a ver, esa voluntad de contribuir de lejos a su instrucción, me parecieron conmovedores. También lo era el amor que la hija no cesó nunca de manifestar a ese padre a quien había conocido tan poco y atestiguado por el libro memorial que yo repasaba en casa de Antonina. Era —según decía esta— un pianista magnífico, recordaba haberlo oído tocar la

Apassionata, el *Claro de luna*, los *Impromptus* de Schubert. Le gustaban Pushkin y Lérmontov. Hasta 1956, año de su rehabilitación *post mortem*, decía, mi madre esperó su regreso. Cuando me portaba mal, añadía, mi madre me decía que, cuando volviera mi padre, me daría vergüenza, y juzgarme ante sus ojos llegó a ser mi norma de vida. La idea de escribir la historia de este hombre, víctima entre millones de otras de la locura estaliniana, empezaba a despertar en mí. El resto se debió a haber conocido más adelante en Moscú a personas que habían tratado a Eleonora en el otro extremo de su vida. Había llegado a ser una paleontóloga reputada. No pude conocerla: había muerto poco antes, en unas circunstancias que explicaré. Lamento que no viviese bastante para enterarse de que el álbum que había dedicado a la memoria de su padre había tenido la imprevisible consecuencia de suscitar otro libro, lejos, en otro país y en otra lengua.